

SI DIOS ES BUENO, ¿POR QUÉ EXISTE EL SUFRIMIENTO?

A lo largo de la vida todos nos encontramos un día u otro frente a un sufrimiento de forma permanente o en nuestro entorno cercano. Es desgarrador. Todo se derrumba. Se plantea la cuestión de ¿por qué? Y sobre todo, ¿por qué yo? ¿Qué mal he hecho? En esos momentos, o nos desmoronamos, o nos rebelamos, lo que en ambos casos nos puede alejar de Dios.

. Se trata de una reacción totalmente humana y normal, puesto que el hombre no fue creado para sufrir. Este sufrimiento que rompe nuestra cómoda vida y nos abre una brecha en el corazón, pone de relieve nuestra necesidad interior de ser felices. En el fondo, el sufrimiento está relacionado con el misterio más profundo de nuestro ser, ya que nos recuerda el bien para el que fuimos creados (la felicidad) y del que nos vemos privados. El sufrimiento se manifiesta en forma de carencia, por eso no lo podemos aceptar espontáneamente, porque en sí mismo es inaceptable. Nos da miedo y lo rechazamos, porque estamos hechos para la vida. No obstante, más allá del miedo, el sufrimiento nos hace descubrir una timidez, una especie de respeto y, más profundamente aún, la compasión. Hagamos lo que hagamos para evitarlo estamos indefensos ante él. La causa es que el sufrimiento, el mío y el del prójimo, están vinculados con este misterio que me resulta tan cercano porque es el mío. Un misterio que a su vez me supera: el misterio del hombre, el misterio del mal y de sus raíces en la historia y el alma humanas...

. Así pues, en realidad, es a Dios a quien preguntamos por qué, a Dios como Creador y Señor del mundo. Tal vez pensemos que Dios es el autor del mal. “Si Dios fuera bueno, no lo permitiría, no actuaría así...” En el fondo es lo que lleva sucediendo desde el pecado original. Dios no ha cambiado, somos nosotros quienes lo hemos hecho.

. Pero a lo mejor tenemos algo que descubrir en Aquel que nos ha salvado del mal: “Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos, y cargas, que yo os redimiré.” (Mt 11, 28) Es palabra de Cristo, quien dice en las Escrituras: “él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y pecados, y cargó con nuestros sufrimientos” (Is 53,4). Él, que fue condenado a muerte injustamente, para que con “sus heridas fuésemos curados” (Jn 55, 3-4).

. ¿Qué nos demuestran su vida y lo que dice el Evangelio? No es un Dios justiciero el que se acerca a nosotros, sino un Dios humilde, “siervo que sufre”, que asume completamente la condición humana, con todo su sufrimiento, para consolarnos y ayudarnos a sobrellevarla. “Dios no ha venido a suprimir el dolor, no ha venido a explicarlo, sino que ha venido para llenarlo de su presencia”, dijo Paul Claudel. Hasta lo más profundo.

. Pero Cristo va más lejos: sufre por nuestra salvación y nuestros sufrimientos, junto con el suyo, abren un camino que conduce a la vida.. Dios nos invita a seguirle. Es lo que hace una joven diabética de 18 años: “Jesús nos ama y nos permite que soportemos solos un dolor demasiado grande.. Confía en nosotros y nos hace compartir su misión, que consiste en llevar a todo el mundo al Padre. ¡Es una alegría participar en una misión cuyo director es Dios!

Y, ¿DE QUÉ SIRVE EL SUFRIMIENTO?

.”Hace meses que la angustia me asediaba: dudas, culpabilidad, desaliento. Trataba de resistirlo haciendo pequeños actos de fe pero me resultaba muy difícil y constantemente tenía que volver a empezar”.

“Un día, rezando, me quejaba a Dios de mis famosas angustias, cuando de repente me vino al pensamiento que en lugar de quejarme y pensar sólo en mí mismo, ¡haría mejor aprovechar ese sentimiento para salvar almas, ofreciéndoselo al Señor! Era muy sencillo, sólo me faltaba intentarlo. Eso fue lo que hice, y fue de gran ayuda. Cada vez que la duda y la culpabilidad me acucian, simplemente digo “Señor, te ofrezco esta duda, esta responsabilidad por la salvación de las almas” y pluf, casi instantáneamente la duda o la culpabilidad desaparecen”.

“Animado por esta experiencia, trato desde hace algún tiempo de aplicar este mismo remedio a las tentaciones o a la tristeza, o a la vergüenza que siento cuando hago algo mal. Pues bien, ¡el efecto es el mismo! En general, apenas digo: “Señor, te ofrezco esta tentación o la vergüenza que siento por este pecado, por la salvación de las almas”, se opera en mi interior una liberación que es como una bocanada de aire fresco”. (Federico)

(Tomado de 50 preguntas acerca de la vida y del amor de la revista **Il est vivant**)